

minotauro

# URSULA K. LE GUIN

EL CUMPLEAÑOS DEL MUNDO  
y otros relatos



**URSULA**  
**K. LE GUIN**  
EL CUMPLEAÑOS DEL MUNDO

minotauro

Título original: *The Birthday of the World and Other Stories*

*Mayoría de edad en Karhide (Coming of Age in Karhide)* © 1995 by Ursula K. Le Guin; publicado por primera vez en New Legends, editado por Greg Bear con Margin Greenberg (Legend Books, sello editorial de Random House UK Limited). *La cuestión de Seggri (The Matter of Seggri)* © 1994 by Ursula K. Le Guin; publicado por primera vez en Crank! (primavera de 1994, edición núm. 3). *Amor no escogido (Unchosen Love)* © 1994 by Ursula K. Le Guin; publicado por primera vez en Amazing Stories (otoño de 1994, vol. 69, núm. 2). *Las costumbres de las montañas (Mountain Ways)* © 1996 by Ursula K. Le Guin; publicado por primera vez en Asimov's Science Fiction (agosto 1996, vol. 20, núm. 6). *Soledad (Solitude)* © 1994 by Ursula K. Le Guin; publicado por primera vez en The Magazine of Fantasy and Science Fiction (diciembre de 1994, vol. 87, núm. 6). *Música Antigua y las mujeres esclavas (Old Music and the Slave Women)* ©1999 by Ursula K. Le Guin; publicado por primera vez en Far Horizons, editado por Robert Silverberg (Avon Eos). *El cumpleaños del mundo (The Birthday of the World)* © 2000 by Ursula K. Le Guin; publicado por primera vez en The Magazine of Fantasy and Science Fiction (junio de 2000, vol. 98, núm. 6).

*El cumpleaños del mundo y otros relatos* © 2002 by Ursula K. Le Guin

© de la traducción, Estela Gutiérrez

© Editorial Planeta, S. A., 2004  
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona  
www.edicionesminotauro.com  
www.planetadelibros.com  
ISBN: 978-84-450-0969-7  
Depósito legal: B. 327-2021  
Preimpresión: Realización Planeta  
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

## Mayoría de edad en Karhide

*Por Sov Thade Tage em Ereb, de Rer, Karhide, Gueden.*

Vivo en la ciudad más antigua del mundo. Mucho antes de que hubiera reyes en Karhide, Rer era una ciudad, el mercado y punto de encuentro de todo el noroeste, las Llanuras y la tierra de Kerm. Hace quince mil años la fortaleza de Rer era un centro de aprendizaje, un refugio, un tribunal. Karhide se convirtió en una nación entonces, bajo el reinado de los reyes Geger, que gobernaron durante mil años. En el año milésimo, Sedern Geger, el No-rey, arrojó la corona al río Arre desde las torres del palacio, proclamando el final de su reino. La época que llaman el Florecimiento de Rer, el Siglo de Verano, empezó en ese momento. Terminó cuando el hogar de Harge tomó el poder y trasladó la capital al otro lado de las montañas, a Erhenrang. El Palacio Viejo lleva siglos vacío. Pero sigue en pie. Nada se derrumba en Rer. El Arre fluye a través de los túneles de las calles todos los años en thaw, las ventiscas del invierno pueden traer nueve metros de nieve, pero la ciudad sigue en pie. Nadie sabe lo viejas que son las casas, porque se han ido reconstruyendo desde siempre. Cada una se yergue en sus jardines sin tener en cuenta la posición de ninguna de las demás, tan

vastas, aleatorias y antiguas como las colinas. Las calles y los canales techados se cruzan entre ellos. Rer es toda esquinas. Se dice que los harge se fueron porque tenían miedo de lo que pudiera haber a la vuelta de la esquina.

Aquí el tiempo es diferente. En el colegio aprendí que los orgotas, el Ecumen y la mayoría de los otros pueblos cuentan los años. Llamán «año uno» al de algún acontecimiento portentoso y cuentan a partir de allí. Aquí siempre es el año uno. En Guedeny Thern, el día de año nuevo, el año uno se convierte en hace un año, el siguiente se convierte en el uno, etcétera. Es como Rer, todo cambia continuamente pero la ciudad siempre permanece igual.

Cuando tenía catorce años (en el año uno, o hace cincuenta años), alcancé la mayoría de edad. Últimamente he estado pensando mucho en ello. Era otro mundo. La mayoría nunca habíamos visto un alienígena, como los llamamos nosotros. Quizá hubiéramos oído hablar de los móviles en la radio, y en el colegio veíamos imágenes de alienígenas: los que tenían pelo alrededor de la boca eran los más agradablemente salvajes y repulsivos. La mayor parte de las imágenes eran decepcionantes. Eran demasiado similares a nosotros. Ni siquiera podías notar que siempre estaban en kémmer. Se suponía que las alienígenas tenían los pechos enormes, pero mi hermano de madre Dory los tenía más grandes que las de las fotografías.

Cuando los Defensores de la Fe los expulsaron de Orgoreyn, cuando el rey Emram se embarcó en la Guerra de la Frontera y perdió Erhenrang, incluso cuando sus móviles fueron declarados proscritos y obligados a esconderse en Estre de Kerm, el Ecumen hizo poco más que esperar. Llevaban esperando doscientos años,

tan pacientes como handddaras. Lo que hicieron fue sacar a nuestro joven rey del mundo para abortar un complot, y luego trajeron de vuelta al mismo rey sesenta años después para acabar con el desastroso reinado del hijo de su vientre. Argaven XVII es el único rey que gobernó cuatro años antes que su heredero y cuarenta años después.

El año que nací (el año uno, o hace sesenta y cuatro años) fue el año en que comenzó el segundo reinado de Argaven. Para cuando empecé a darme cuenta de algo que estuviera más allá de los dedos de mis pies, la guerra había terminado, la Cascada del Oeste formaba parte de Karhide otra vez, la capital estaba de nuevo en Erhenrang y la mayoría de los daños que había sufrido Rer durante el Derrocamiento de Emran se habían reparado. Las viejas casas se habían reconstruido otra vez. El Palacio Viejo estaba restaurado de nuevo. Argaven XVII había recuperado el trono milagrosamente. Todo era como solía ser, como debía ser, había vuelto a la normalidad, como antaño: todo el mundo lo decía.

De hecho, fueron unos años tranquilos, un intervalo de recuperación antes de que Argaven, el primer guedeniano que dejó nuestro planeta, nos incorporara por completo al Ecumen; antes de que nosotros, no ellos, nos convirtiéramos en los alienígenas; antes de que alcanzáramos la mayoría de edad. Cuando era niño vivíamos como siempre había vivido la gente de Rer. Es aquella vida, aquel mundo intemporal, aquel mundo a la vuelta de la esquina, lo que intento describir para la gente que nunca lo conoció. Sin embargo, mientras escribo me doy cuenta también de que nada cambia, de que en verdad siempre es el año uno, para cada niño que llega a la mayoría de edad, para cada amante que se enamora.

Había un par de millares de personas en los hogares Ereb, y ciento cuarenta de ellas vivían en mi hogar, Ereb Tage. Mi nombre es Sov Thade Tage em Ereb, según los viejos nombres que todavía usamos en Rer. Lo primero que recuerdo es un lugar enorme y oscuro lleno de gritos y sombras, y que estoy cayendo hacia arriba a través de una luz dorada, hacia la oscuridad. Completamente aterrorizado, grito. Me cogen mientras caigo, me sostienen, me abrazan; lloro; una voz tan cercana a mí que parece hablar a través de mi cuerpo dice dulcemente: «Sov, Sov, Sov». Y entonces me dan algo maravilloso para comer, algo tan dulce, tan delicado, que nunca volveré a comer nada tan bueno...

Imagino que algunos de mis parientes mayores del hogar habían estado tirándome de un lado a otro, y que mi madre me consoló con un poco de pastel especial. Más tarde, cuando era un niño más salvaje y mayor, solíamos jugar a lanzar bebés como si fueran pelotas; siempre gritaban, por miedo o por placer, o a causa de ambas cosas. Es lo más parecido a volar que experimentó nadie de mi generación. Teníamos docenas de palabras diferentes para referirnos a cómo la nieve cae, descende, se desliza, sopla, para describir cómo se mueven las nubes, cómo flota el hielo, cómo navegan los barcos; pero no esa palabra. Todavía no. Y por eso no recuerdo que «volara». Recuerdo que caía hacia arriba a través de la luz dorada.

Las casas familiares de Rer están construidas alrededor de un gran vestíbulo central. En cada planta hay un balcón interior que se abre a ese espacio, y a las plantas, con habitaciones y todo, las llamamos «balcones». Mi familia ocupaba el segundo balcón de Ereb Tage al completo. Éramos muchos. Mi abuela había parido cuatro hijos, y todos tenían prole, así que yo te-

nía un montón de primos, además de un hermano de vientre más joven y otro mayor. «Los Thade siempre tienen el këmmer como mujeres y siempre se quedan embarazados», oí que decían los vecinos, con cierta envidia, con desaprobación, con admiración. «Y nunca mantienen el këmmer», añadía alguien. Lo primero era una exageración, pero lo último era verdad. Ninguno de los niños teníamos padre. Durante años no supe quién fue mi progenitor, y nunca pensé en ello. Los Thade éramos un clan y preferíamos no traer extraños, ni siquiera a otros miembros de nuestro propio hogar, a la familia. Si los jóvenes se enamoraban y empezaban a hablar de mantener el këmmer, la abuela y las madres eran despiadadas. «Hacer voto de këmmer, ¿qué crees que eres, una especie de noble? ¿Una persona refinada? La casa de këmmer fue lo bastante buena para mí, y es lo bastante buena para ti», decían las madres a sus hijos enamorados, y los enviaban lejos, al viejo dominio de Ereb en el campo, a cultivar bratis hasta que se les pasaba el enamoramiento.

Así, de niño era miembro de un rebaño, una escuela, un enjambre, entrando y saliendo de habitaciones llenas de gente, corriendo por las escaleras arriba y abajo, trabajando juntos, aprendiendo juntos, cuidando de los bebés –a nuestra manera– y aterrorizando a las personas más tranquilas de nuestro hogar por nuestro número y el ruido que generábamos. Por lo que yo sé, no hacíamos daño de verdad. Nuestras escapadas respetaban las reglas y los límites del sosegado y antiguo hogar, que no considerábamos impedimentos sino protección, las paredes que nos mantenían a salvo. La única vez que nos castigaron fue cuando mi primo Sether decidió que sería emocionante atar en la baranda del balcón del segundo piso una larga cuerda



que habíamos encontrado, hacerle un gran nudo, agarrarnos al nudo y saltar. «Yo primero», dijo Sether. Otro intento equivocado de volar. La baranda y la piedad rota de Sether se arreglaron, y los demás tuvimos que limpiar los lavabos, todos los lavabos del hogar, durante un mes. Creo que el resto del hogar había decidido que había llegado el momento de que los jóvenes Thade observaran cierta disciplina.

Aunque en realidad no sé cómo era de niño, creo que si hubiera podido elegir habría sido menos ruidoso que mis compañeros de juegos, aunque igual de revoltoso. Me gustaba oír la radio, y mientras los demás armaban jaleo por los balcones o el vestíbulo central en invierno, o por las calles y los jardines en verano, yo me pasaba las horas acurrucado en la habitación de mi madre, detrás de la cama, escuchando su vieja radio de madera de serem a muy poco volumen, para que mis hermanos no supieran que estaba allí. Escuchaba cualquier cosa, baladas y obras de teatro y cuentos del hogar, las noticias del palacio, los análisis de las cosechas de grano y los detallados partes meteorológicos; durante un invierno escuché todos los días una antigua saga de la frontera de las Tormentas de Perin sobre demonios de la nieve, pérfidos traidores y asesinos sanguinarios con hachas, que me atormentaba por la noche de tal modo que no me dejaba dormir, y me arrastraba a la cama de mi madre en busca de consuelo. A menudo mi hermano pequeño ya estaba allí, respirando en la oscuridad cálida y suave. Dormíamos enredados y hechos un ovillo, como un nido de pesthry.

Mi madre, Guyr Thade Tage em Ereb, era impaciente, afectuosa e imparcial, y no ejercía mucho control sobre los tres hijos de su vientre, aunque nos vigilaba. Los Thade eran todos comerciantes que tra-

bajaban en tiendas y dominios de Ereb, con poco o ningún dinero que gastar; pero cuando yo tenía diez años Guyr me trajo una radio, una radio nueva, y dijo donde mis hermanos podían oírlo: «No tienes que compartirla». La guardé como un tesoro durante años y al final la compartí con el hijo de mi vientre.

Así pasaron los años y yo me dejé llevar por el calor, la densidad y la seguridad de una familia y un hogar empapados de tradiciones, hebras de una lanzadera siempre igual que tejía la eterna tela de la costumbre, el comportamiento, el trabajo y las relaciones; y a esta distancia apenas distingo un año de otro o a mí de los otros niños: hasta que cumplí los catorce años.

La razón por la que la mayoría de la gente de mi hogar recuerda ese año es la gran fiesta conocida como Celebración del Sómer Perpetuo de Dory. Mi hermano de madre Dory había dejado de entrar en kémmer ese invierno. Algunas personas no hacían nada cuando perdían el kémmer; otros se iban a la fortaleza para hacer un ritual; otros se quedaban allí durante meses, incluso para siempre. Dory, que carecía de inclinaciones espirituales, dijo: «Si no puedo tener hijos ni relaciones sexuales nunca más y debo envejecer y morir, al menos podré celebrar una fiesta».

Me está costando contar una historia en una lengua que no tiene pronombres de sómer, solo pronombres con género. En los últimos años de kémmer, cuando cambia el equilibrio hormonal, la mayoría de la gente suele entrar en kémmer como hombres. Dory llevaba teniendo kémmers masculinos un año, así que llamaré «él» a Dory, aunque lo que ocurría en realidad era que nunca más volvería a ser él o ella.

En cualquier caso, su fiesta fue tremenda. Invitó a todos los miembros de nuestro hogar y de los dos ho-

gares Ereb vecinos, y duró tres días. Había sido un invierno largo y la primavera llegaba tarde y fría; la gente estaba deseando algo nuevo, algo de calor. Estuvimos una semana cocinando y había una despensa entera llena de barriles de cerveza. Mucha gente que estaban en proceso de perder el kémmer, o que ya lo había perdido y no había hecho nada al respecto, vinieron y se unieron al ritual. Eso es lo que recuerdo con más viveza: en el vestíbulo central de tres plantas de nuestro hogar, a la luz del fuego, un círculo de treinta o cuarenta personas, todas de mediana edad o ancianas, cantando y bailando, zapateando al son de los tambores. Había una intensa energía en ellos, con los cabellos grises sueltos y alborotados, golpeando como si los pies quisieran atravesar el suelo, las voces profundas y fuertes, riendo. Las personas más jóvenes que los contemplaban parecían pálidas y sombrías. Miré a los que bailaban y me pregunté: ¿por qué están contentos? ¿Acaso no son viejos? ¿Por qué actúan como si se hubieran liberado? ¿Cómo es el kémmer, entonces?

No, antes no había pensado mucho en el kémmer. ¿Para qué? Hasta que no llegamos a la mayoría de edad no tenemos género ni sexualidad, nuestras hormonas no nos dan problema alguno. Y en un hogar ciudad nunca vemos a adultos en kémmer. Se besan y se van. ¿Dónde está Maba? En la casa de kémmer, cariño, y ahora cómete la avena. ¿Cuándo va a volver Maba? Pronto, cariño. Y en un par de días Maba regresa, con aspecto soñoliento y resplandeciente, como nuevo y exhausto. ¿Es como darse un baño, Maba? Sí, un poco, cariño, ¿qué has hecho mientras yo estaba fuera?

Por supuesto que jugábamos a kémmer, cuando teníamos siete u ocho años. Esta es la casa de kémmer y yo soy la mujer. No, *yo*. ¡No, *yo*, se me ha ocurrido a mí!

Y nos restregábamos el cuerpo y rodábamos riendo, y luego a lo mejor nos metíamos una pelota debajo de la camisa y estábamos embarazados, y luego dábamos a luz, y luego jugábamos a tirar la pelota. Los niños siempre juegan a lo que hacen los adultos; pero el juego del kémmer no era exactamente un juego. Solía terminar con una ronda de cosquillas. Y la mayoría de los niños no tienen ni siquiera muchas cosquillas, hasta que alcanzan la mayoría de edad.

Después de la fiesta de Dory, estuve trabajando en la guardería del hogar durante todo el tuwa, el último mes de la primavera; con el verano empecé mi primer aprendizaje, en un taller de muebles del Distrito Tercero. Me encantaba levantarme temprano y atravesar corriendo la ciudad por los tejados de los caminos y los bordillos de las calles abiertas; después del deshielo algunos caminos todavía estaban llenos de agua, eran suficientemente profundos como para que se pudiera navegar con los kayaks y las barcas de palos. El aire aún era frío y claro; el sol salía de detrás de las viejas torres del No-palacio, rojo como la sangre, y todas las aguas y las ventanas de la ciudad brillaban de escarlata y oro. En el taller encontraba el olor dulce y penetrante de la madera recién cortada y la compañía de personas adultas, trabajadoras, pacientes y exigentes, que me tomaban en serio. Ya no era un niño, me decía. Era un adulto, una persona que trabajaba.

Pero ¿por qué siempre tenía ganas de llorar? ¿Por qué siempre tenía sueño? ¿Por qué me enfadaba con Sether? ¿Por qué Sether siempre chocaba conmigo y decía: «Oh, lo siento» con esa voz ronca y estúpida? ¿Por qué era tan torpe con el torno eléctrico grande hasta el punto de estropear seis patas de silla una detrás de otra? «Aparta a ese chico del torno», gritaba el

viejo Marth, y yo me escabullía furioso por la humillación. Nunca sería carpintero, nunca sería adulto, aunque ¿a quién le importaba una mierda las patas de las sillas?

–Quiero trabajar en los jardines –les dije a mi madre y a mi abuela.

–Termina tu aprendizaje y el próximo verano podrás trabajar en los jardines –dijo la abuela, y mi madre asintió.

Este sensato consejo me pareció una injusticia inhumana, una falta de amor, una condena a la desesperación. Me puse de mal humor. Enfurecí.

–¿Qué tiene de malo la tienda de muebles? –me preguntaron mis mayores después de varios días de mal humor y furia.

–¿Por qué tiene que estar allí el estúpido de Sether? –grité. Dory, que era la madre de Sether, levantó una ceja y sonrió.

–¿Estás bien? –me preguntó mi madre cuando volví al balcón del trabajo con los hombros caídos, y yo gruñí: «Estoy bien», y corrí al lavabo a vomitar.

Estaba enfermo. La espalda me dolía sin parar. Tenía dolor de cabeza y me sentía mareado y pesado. Algo que no podía situar en ningún sitio, una parte de mi alma sufría un dolor agudo, desolador e incesante. Tenía miedo de mí mismo: de mis lágrimas, de mi rabia, de mi enfermedad, de mi cuerpo torpe. No sentía que fuera mío, que fuera yo. Lo sentía como algo distinto, una prenda que no me sentaba bien, un abrigo hediondo y pesado que pertenecía a algún anciano, a algún muerto. No era mío, no era yo. Unas agujas diminutas de agonía me atravesaban los pezones, calientes como el fuego. Cuando me estremecía de dolor y me rodeaba el pecho con los brazos, sabía que todo el

mundo se daba cuenta de lo que estaba pasando. Todo el mundo podía olerme. Tenía un olor acre, fuerte, como la sangre, como las pieles sin curtir de los animales. Mi clitopene estaba muy hinchado y sobresalía de entre los labios, y luego se contraía hasta casi desaparecer, y me dolía al orinar. Los labios me escocían y estaban rojos como si tuviera unas picaduras de insecto repugnantes. Dentro de mi vientre algo se movía, algo monstruoso estaba creciendo. Estaba completamente avergonzado. Me estaba muriendo.

–Sov –dijo mi madre, sentándose a mi lado en la cama, con una sonrisa curiosa, tierna y cómplice–, ¿quieres que escojamos tu día de kémmer?

–No estoy en kémmer –dije con vehemencia.

–No –dijo Guyr–. Pero creo que el mes que viene lo estarás.

–¡No lo estaré!

Mi madre me pasó la mano por el pelo, la cara y el brazo. *Nos modelamos unos a otros para ser humanos*, decían los ancianos cuando acariciaban a los bebés, a los niños o entre sí con aquellas caricias largas, lentas y suaves.

Al cabo de un rato mi madre dijo:

–Sether va a entrar también. Pero un mes o así después que tú, creo. Dory dice que celebremos un doble día de kémmer, pero creo que es mejor que celebres el tuyo en el momento que te toque.

Rompí a llorar y grité:

–No quiero ninguno, no quiero, lo único que quiero, lo único que quiero es irme lejos...

–Sov –dijo mi madre–, si quieres, puedes ir a la casa de kémmer de Gerodda Ereb, donde no conocerás a nadie. Pero creo que sería mejor que te quedaras aquí, donde la gente te conoce. Les gustaría. Se alegrarán

tanto por ti. ¡Oh, tu abuela está tan orgullosa de ti! «¡Habéis visto a mi nieto Sov, habéis visto qué belleza, qué *mahad!*» Todo el mundo está harto de oír hablar de ti...

Mahad es una palabra en dialecto, una palabra de Rer; significa persona fuerte, guapa, generosa, honrada, persona de fiar. La severa madre de mi madre, que ordenaba y daba las gracias pero nunca elogiaba a nadie, ¿decía que yo era un mahad? Era una idea terrorífica que secó mis lágrimas.

–Muy bien –dije, desesperado–. Aquí. ¡Pero el mes que viene no! No será entonces. Yo no.

–Déjame ver –dijo mi madre.

Sintiendo mucha vergüenza, pero aliviado de obedecer, me levanté y me desabroché los pantalones.

Mi madre echó un vistazo breve y delicado, me abrazó y dijo:

–Sí, el mes que viene, estoy segura. Te sentirás mucho mejor dentro de un día o dos. Y el mes que viene será diferente. De verdad.

En efecto, al día siguiente el dolor de cabeza y el picor ardiente habían desaparecido, y aunque todavía estaba cansado y soñoliento gran parte del tiempo, no estuve tan estúpido y torpe en el trabajo. Al cabo de unos cuantos días me sentía yo mismo otra vez, ligero y cómodo con mis miembros. Solo cuando pensaba en ello tenía aún aquella extraña sensación que no estaba exactamente en ninguna parte de mi cuerpo, y que a veces era muy dolorosa y a veces solo extraña, casi algo que quería volver a sentir.

Mi primo Sether y yo estábamos aprendiendo juntos en la tienda de muebles. No íbamos juntos al trabajo porque Sether todavía estaba un poco cojo tras haberse caído de aquella cuerda un par de años antes, y

mientras había agua en las calles lo llevaban en una lancha. Cuando cerraron la Puerta del Agua de Arre y las calles se secaron, Sether tuvo que andar. Así que caminábamos juntos. El primer par de días no hablamos mucho. Estaba enfadado con Sether. Porque ya no podía correr al amanecer, sino que tenía que caminar al paso de un cojo. Y porque Sether siempre estaba a mi alrededor. Siempre estaba allí. Era más alto que yo, y más rápido con el torno, y tenía el pelo largo, espeso y brillante. ¿Para qué querría alguien un pelo tan largo, de todas formas? Me sentía como si tuviera el pelo de Sether delante de los ojos.

Volvíamos andando a casa, cansados, una cálida tarde de ockre, el primer mes del verano. Me di cuenta de que Sether cojeaba y trataba de ocultarlo o ignorarlo, de seguir mi paso rápido, muy erguido, ceñudo. Una gran oleada de pena y admiración se adueñó de mí, y aquello que crecía, aquel nuevo ser, lo que fuese que estuviera en mis entrañas y en el fondo de mi alma, se movió y se volvió otra vez, se volvió hacia Sether, doliente, anhelante.

—¿Vas a entrar en këmmer? —dije con una voz ronca que nunca había oído salir de mi boca.

—Dentro de un par de meses —murmuró Sether, sin mirarme, todavía muy tieso y con el ceño fruncido.

—Creo que debo tenerlo, hacerlo, ya sabes, eso, muy pronto.

—Ojalá yo pudiera —dijo Sether—. Terminar de una vez.

No nos miramos. Muy poco a poco, inadvertidamente, fui reduciendo el paso hasta que pudimos caminar uno al lado del otro sin problemas.

—¿A veces sientes que tienes fuego en los pezones? —pregunté sin saber que iba a decir algo.



Sether asintió.

Al cabo de un rato, Sether dijo:

–Oye, ¿no se te pone el pito...?

Asentí.

–Así es como deben de ser los alienígenas –dijo Sether con repulsión–. Eso, esa cosa que sale, se pone tan grande... en medio.

Intercambiamos y comparamos síntomas durante más de un kilómetro. Fue un alivio hablar de ello, hablar compañía en el desasosiego, pero también fue terrorífico oír al otro confirmar nuestra desgracia. Sether estalló:

–¿Sabes lo que más odio, lo que más odio de esto? Que es deshumanizador. Que tu cuerpo te domine, que pierdas el control, no puedo soportar la idea de no ser más que una máquina de sexo. Y todas las personas se convierten solo en alguien con quien acostarse. ¿Sabes que la gente en kémmer se vuelve loca y muere si no hay nadie más en kémmer? ¿Que hasta atacan a personas en sómer? ¿A sus propias madres?

–No puede ser –dije, conmocionado.

–Sí que lo hacen. Tharry me lo dijo. El conductor de Alta Kargav se puso en kémmer como varón cuando la caravana estaba atascada en la nieve, era alto y fuerte, enloqueció y ..., y se lo hizo a su compañero, y su compañero estaba en sómer y se hizo daño, mucho daño, intentando defenderse. Entonces el conductor salió del kémmer y se suicidó.

Esta horrible historia le trajo de vuelta el mareo desde la boca del estómago, y no pude hablar.

Sether prosiguió:

–¡Las personas que están en kémmer ni siquiera son humanos! ¡Y nosotros tenemos que hacerlo, ser de esa manera!

Ahora aquel miedo terrible y desolado había salido a la luz. Pero ya no era un alivio hablar de él. Resultaba todavía más grande y terrible si hablabas de él.

–Es estúpido –dijo Sether–. Es un recurso primitivo para conservar la especie. No hay necesidad de que la gente civilizada pase por ello. Quien quiera quedarse embarazado podría hacerlo con inyecciones. Sería genéticamente posible. Podrías escoger al progenitor de tu hijo. No habría toda esta endogamia, gente follando con sus hermanos, como animales. ¿Por qué tenemos que ser como animales?

La rabia de Sether me conmovió. Yo la compartía. Además, me sentía conmocionado y excitado por la palabra «follar», que nunca había oído decir a nadie. Miré otra vez a mi primo, el rostro delgado y rubicundo, el pelo espeso, largo y brillante. Sether tenía mi edad, pero parecía mayor. Medio año atormentado por una pierna hecha astillas había oscurecido y madurado al niño aventurero y travieso, enseñándole lo que era la rabia, el orgullo y la resistencia.

–Sether –dije–, escucha, no importa, tú eres humano, aunque tengas que hacer eso, follar. Eres un mahad.

–Guedeny Kus –dijo la abuela; era el primer día del mes de kus, el solsticio de verano.

–No estaré preparado –dije.

–Estarás preparado.

–Quiero entrar en kémmer con Sether.

–A Sether todavía le falta un mes o dos. Muy pronto. Pero parece que podéis estar en la misma fase lunar. Sois de luna oscura, ¿eh? Yo también lo era. Así que os quedáis en la misma longitud de onda, tú y Se-

ther... –La abuela nunca me había sonreído de esa manera, con una sonrisa cómplice, como a un igual.

La madre de mi madre tenía sesenta años, era baja, fornida, de caderas anchas, ojos claros y penetrantes, albañil de oficio, una autócrata indiscutida en el hogar. ¿Yo un igual de esta persona tan formidable? Fue la primera vez que intuí que a lo mejor me estaba haciendo más humano, y no menos.

–Me gustaría que pasaras quince días en la fortaleza –dijo la abuela–. Pero es una decisión tuya.

–¿En la fortaleza? –dije, sorprendido. Los Thade éramos todos handdaras, pero unos handdaras muy inertes que solo observaban las fiestas importantes, que murmuraban toda la gracia en una única palabra incomprensible y que no practicaban ninguna de las disciplinas. Ninguno de mis hermanos mayores de hogar había sido enviado a la fortaleza antes de su día de kémmer. ¿Tenía yo algo malo?

–Tenéis un buen cerebro –dijo la abuela–. Tú y Sether. Me gustaría ver a alguno de vosotros haciendo algo importante, algún día. Los Thade vivimos en nuestro hogar y criamos como pesthry. ¿Es suficiente? Estaría bien que alguno de vosotros alzara cabeza.

–¿Qué se hace en la fortaleza? –pregunté. Y la abuela contestó con sinceridad:

–No lo sé. Ve a averiguarlo. Te enseñan. Pueden enseñarte a controlar el kémmer.

–De acuerdo –dije rápidamente. Le contaría a Sether que los moradores eran capaces de controlar el kémmer. A lo mejor podía aprender a hacerlo, volver a casa y enseñárselo.

La abuela me miró con aprobación. Había aceptado el desafío.

Por supuesto que no aprendí a controlar el kémmer

en dos semanas en la fortaleza. El primer par de días que pasé allí creía que ni siquiera sería capaz de controlar la añoranza de mi hogar. De nuestra madriguera cálida y oscura con habitaciones llenas de gente hablando, durmiendo, comiendo, cocinando, lavando, interpretando remma, tocando música, niños corriendo, ruido, familia; atravesé la ciudad para ir a una casa extraña, enorme, limpia, fría y tranquila. Eran corteses, me trataban con respeto. Yo estaba aterrorizado. ¿Por qué una persona de cuarenta años, que conocía disciplinas mágicas de fuerza sobrehumana, que podía caminar en la ventisca con los pies descalzos, que podía predecir, cuyos ojos eran los más sabios y calmados que había visto, por qué habría de respetarme un adepto del Handdara?

—Porque eres así de ignorante —dijo el adepto Ranharrer, sonriendo, con una gran ternura.

Como solo estaría allí quince días, no intentaron influir mucho en la naturaleza de mi ignorancia. Practicaba el intrance varias horas al día, y llegó a gustarme: era suficiente para ellos, y me elogiaron. «A los catorce años, la mayoría de la gente se vuelve loca si tiene que moverse lentamente», dijo mi maestro.

Durante mis últimos seis o siete días en la fortaleza, ciertos síntomas empezaron a manifestarse de nuevo, el dolor de cabeza, las hinchazones y los dolores punzantes, la irritabilidad. Una mañana la sábana del catre de mi pequeña y tranquila habitación sin apenas muebles estaba llena de sangre. Miré la mancha con horror y aversión. Pensé que mientras dormía me habría rasgado los labios, que me picaban, hasta hacerme sangre, pero también sabía lo que significaba la sangre. Empecé a llorar. Tenía que lavar la sábana de alguna manera. Había ensuciado, mancillado un lugar donde todo era limpio, austero y hermoso.

Un viejo morador, al encontrarme frotando desesperadamente la sábana en los lavaderos, guardó silencio, pero me trajo un jabón que eliminó la mancha. Regresé a mi habitación, que había llegado a amar con la pasión de alguien que hasta entonces nunca había conocido una verdadera privacidad, y me hice un ovillo en la cama sin sábanas, triste, comprobando a cada par de minutos que no volviera a sangrar. Echaba de menos mis prácticas de intrance. La inmensa casa estaba muy tranquila. La paz me llegó muy adentro. De nuevo sentía aquello tan extraño en el alma, pero ahora no era dolor; era una desolación como la del aire al caer la tarde, como ver los picos de las Kargav a lo lejos en el oeste en la claridad del invierno. Era una extensión inmensa.

El adepto Ranharrer llamó a la puerta y entró cuando le di permiso, me miró durante un minuto y preguntó dulcemente:

–¿Qué pasa?

–Todo es extraño –dije.

El adepto sonrió radiante y dijo:

–Sí.

Ahora sé que Ranharrer apreciaba y honraba mi ignorancia, en el sentido handdarata. Entonces solo sabía que de un modo u otro había dicho lo correcto y complacido así a una persona a la que deseaba complacer.

–Estamos cantando un poco –dijo Ranharrer–, a lo mejor te gustaría escucharlo.

De hecho, estaban entonando el Canto del Solsticio de Verano, que dura los cuatro días previos a Guedeny Kus, noche y día. Los que cantan y tocan el tambor vienen y van a voluntad, y la mayoría entonan sin parar ciertas sílabas en una improvisación de grupo intermi-

nable con la única guía de los tambores y los indicios melódicos del Libro de Cantos, y armonizan con el solista, si lo hay. Al principio solo oía un sonido monótono con una textura agradablemente espesa sobre un ritmo tranquilo y sutil. Escuché hasta aburrirme y decidí que yo también era capaz de hacerlo. Así que abrí la boca y canté «Aah» y oí las demás voces cantando «Aah» por encima, por debajo y junto a la mía hasta que la perdí y oí solo todas las voces, y luego solo la música, y de repente el asombroso ímpetu plateado de una única voz que atravesaba todo el tejido, a contracorriente, y se hundía y desaparecía en su interior, para luego volver a salir... Ranharrer me tocó el brazo. Era la hora de comer, llevaba cantando desde la hora tercera. Volví a cantar después de la comida, y después de la cena. Me pasé los tres días siguientes allí. Me habría pasado también las noches si me hubieran dejado. Ya no tenía sueño. Tenía una energía repentina e infinita y no podía dormir. En mi pequeña habitación cantaba para mí mismo, o leía la extraña poesía handdarata que era el único libro que me habían dado, y practicaba el intranque, intentando ignorar el calor y el frío, el fuego y el hielo de mi cuerpo, hasta que llegaba el amanecer y podía ir a cantar otra vez.

Entonces llegó Ottormenbod, la víspera del solsticio de verano, y tuve que regresar a mi hogar y a la casa de kémmer.

Para mi sorpresa, mi madre, mi abuela y todos los mayores fueron a la fortaleza a recogerme, con hiebs ceremoniales y aspecto solemne. Ranharrer me entregó a ellos, diciéndome solo: «Vuelve a nosotros». Mi familia me paseó por las calles en la cálida mañana de verano; todas las parras estaban en flor, perfumando el aire, todos los jardines florecían, daban fruto.

–Es un momento excelente –dijo la abuela juiciosamente– para entrar en kémmer.

El hogar me pareció muy oscuro después de la fortaleza, y algo encogido. Busqué a Sether con la mirada, pero era día laborable y Sether estaba en la tienda. Aquello me proporcionó una agradable sensación de vacaciones. Y luego, en la sala-hogar de nuestro balcón, la abuela y los mayores de la casa me presentaron formalmente vestido con un conjunto nuevo, entero, desde las botas para arriba, coronado por un hieb magníficamente bordado. Había un ritual hablado que iba con las ropas y que no era handdarata, creo, sino una tradición de nuestro hogar; las palabras eran todas antiguas y extrañas, la lengua de hace mil años. La abuela las pronunció a golpes como si estuviera escupiendo rocas, y me puso el hieb sobre los hombros. Todo el mundo dijo: «¡Hara!».

Todos los mayores, y muchos niños más jóvenes, me ayudaron a ponerme la ropa nueva como si fuera un rey o un bebé, y algunos de los mayores quisieron darme consejos, «el último consejo» lo llamaban, porque el shifgrethor se adquiere cuando entras en kémmer, y una vez que tienes shifgrethor recibir consejos es insultante. «Manténte alejado del viejo Ebbeche», me dijo uno de ellos en voz muy alta. Mi madre se ofendió y contestó bruscamente: «¡Guárdate tu sombra para ti, Tadsh!». Y a mí me dijo: «No escuches al viejo pez. ¡Flapmouth Tadsh! Pero ahora escucha, Sov».

Escuché. Guyr me había apartado un poco de los otros y hablaba con seriedad, algo incómodo.

–Recuerda, el primero con el que estés es importante.

Asentí.

–Entiendo –dije.

–No, no entiendes –contestó mi madre bruscamente, olvidándose de sentirse incómoda–. ¡Tú no lo olvides!

–¿Qué...? –dije. Mi madre esperó–. Si..., si entro como..., como mujer –proseguí–, ¿no debería...?

–Ah –dijo Guyr–. No te preocupes. Antes de un año o más no podrás concebir. O procrear. No te preocupes esta vez. Los demás tendrán cuidado, solo por si acaso. Todos saben que es tu primer kémmer. ¡Pero recuerda, es importante con quién estás primero! Quédate cerca de, oh, cerca de Karrid, y Ebbeche, y algunos de ellos.

–¡Vamos! –gritó Dory, y todos nos pusimos otra vez en procesión y bajamos y atravesamos el vestíbulo central, donde todos gritaban «¡Hara Sov! ¡Hara Sov!». Y los cocineros golpeaban las sartenes. Me quería morir. Pero todos parecían alegres, parecían estar contentos por mí, querían desearme suerte; yo también quería vivir.

Salimos por la puerta occidental y atravesamos los soleados jardines y llegamos a la casa de kémmer. Ereb Tage comparte una casa de kémmer con otros dos hogares Ereb; es un edificio bonito, todo tallado con frisos de figuras al estilo de la Vieja Dinastía que la meteorología de dos mil años ha desgastado terriblemente. En los escalones de piedra roja toda mi familia me besó, murmurando «Alabada sea la Oscuridad» o «Alabado sea el acto de Creación», y mi madre me golpeó fuerte en los hombros, lo que llaman el empujón de la almádena, que da buena suerte, y los dejé y entré por la puerta.

El portero me estaba esperando; era una persona de aspecto extraño, bastante encorvada, con la piel áspera y pálida.

Entonces me di cuenta de quién era el «Ebbeche»



del que hablaban. No lo había visto nunca, pero había oído hablar de él. Era el portero de nuestra casa de kémmer, un medio muerto, es decir, una persona en kémmer permanente, como los alienígenas.

De vez en cuando nacen personas así. Algunas pueden curarse; los que no pueden o deciden no hacerlo viven en una fortaleza y aprenden las disciplinas, o se convierten en porteros. Es adecuado para ellos, y también para la gente normal. Después de todo, ¿quién sino querría vivir en una casa de kémmer? Pero hay inconvenientes. Si llegas a la casa de kémmer en thortharmen, preparado para adoptar un género, y la primera persona que ves es completamente masculina, es probable que sus feromonas te hagan adoptar el género femenino, independientemente de si eso es lo que habías decidido ese mes o no. Los porteros responsables, por supuesto, se mantienen apartados de todo aquel que no los invita a acercarse. Pero un kémmer permanente puede no dar lugar a un carácter responsable; y que te llamen «medio muerto» y «pervertido» toda la vida no ayuda, supongo. Era evidente que mi familia no confiaba en que Ebbeche mantuviera alejadas las manos y las feromonas de mí. Pero eran injustos. Ebbeche honraba a un primer kémmer tanto como cualquier otro. Me saludó por mi nombre y me mostró dónde quitarme las botas nuevas. Luego empezó a pronunciar el antiguo ritual de bienvenida, recorriendo el vestíbulo hacia atrás delante de mí; era la primera vez que oía las palabras que oiría tantas veces durante tantos años.

*Ahora atraviesas la tierra.*

*Ahora atraviesas el agua.*

*Ahora atraviesas el hielo...*

Y el exultante final, cuando llegamos al vestíbulo central:

*Juntos hemos atravesado el hielo.  
¡Juntos llegamos al hogar, a la vida, dando vida!  
¡En el acto de creación, alabado sea!*

La solemnidad de las palabras me conmovió y me distrajo un poco de mi intensa timidez. Como en la fortaleza, sentí la tranquilizadora y familiar sensación de formar parte de algo inmensamente más viejo y grande que yo mismo, aun cuando fuera extraño y nuevo para mí. Debía confiarme a ello y dejarme modelar. Al mismo tiempo, estaba muy alerta. Todos mis sentidos estaban extraordinariamente despiertos, como durante el resto de la mañana. Era consciente de todo, del hermoso color azul de las paredes, de la ligereza y el vigor de mis pasos al andar, de la textura de la madera bajo mis pies desnudos, del sonido y el significado de las palabras rituales, del propio portero. Me fascinaba. Ebbeche no era guapo, pero yo advertía la musicalidad de su voz profunda; y la piel pálida era más atractiva de lo que siempre había imaginado. Pensaba que lo habían tratado injustamente, que la suya debía de ser una vida extraña. Quería hablar con él. Pero en cuanto terminó de darme la bienvenida, de pie a mi lado en la entrada del vestíbulo central, una persona alta se acercó ilusionada a saludarme.

Me alegré de ver un rostro familiar: era el cocinero jefe de mi hogar, Karrid Arrage. Como muchos cocineros, Karrid era una persona bastante fiera y temperamental y a menudo advertía mi presencia y me distinguía de una manera guasona pero desafiante, con cierta delicadeza: «¡Aquí, joven! ¡Ponte un poco de

carne en los huesos!». Cuando ahora vi a Karrid me di cuenta de una extraordinaria multiplicidad de cosas: de que Karrid estaba desnudo y esa desnudez no era como la desnudez de la gente del hogar, sino una desnudez significativa; de que no era el Karrid que había visto antes, sino que se había transformado en un ser muy hermoso; de que era un hombre; de que mi madre me había advertido sobre él; de que quería tocarlo; de que me daba miedo.

Me tomó en sus brazos y me apretó contra él. Sentí su clítopene como un puño entre mis piernas.

–Tranquilízate –le dijo el portero, y unas cuantas personas más salieron de la habitación, de la que solo pude ver que era grande, brillaba tenuemente y estaba llena de sombras y niebla.

–No os preocupéis, no os preocupéis –nos dijo Karrid a mí y a los otros, con su dura risa–. No voy a hacer daño a un pariente, ¿verdad? Solo quiero ser el que le dé kémmer. Como mujer, como un verdadero Thade. Quiero darte esa alegría, Sov.

Me estaba desvistiendo mientras hablaba, quitándome el hieb y la camisa con manos grandes, calientes y apresuradas. El portero y los demás observaban de cerca, pero no interferían. Me sentía completamente indefenso, humillado. Intenté liberarme, lo conseguí, y quise recuperar la camisa y ponérmela. Estaba temblando y me sentía muy débil, apenas me tenía en pie. Karrid me ayudó torpemente; su brazo grande me sostuvo. Me apoyé en él, sintiendo su piel caliente y vibrante contra la mía; era una sensación maravillosa, como la luz del sol, como la luz del fuego. Me apoyé en él con más fuerza, levantando los brazos para que nuestros costados se tocaran.

–Eh, calma –dijo–. Oh, guapísima, oh, Sov, lleváos-

la, esto no funcionará. –Y me dio la espalda, riendo, pero excitado de verdad, con el clítopene sorprendentemente erecto.

Yo me quedé allí, a medio vestir, con las piernas como de gelatina, perplejo. Tenía los ojos llenos de niebla, no veía nada con claridad.

–Vamos –dijo alguien, y me tomó la mano; tenía un tacto suave y frío, completamente distinto del fuego de la piel de Karrid.

Era una persona de uno de los otros hogares, yo no sabía cómo se llamaba. Me pareció que brillaba como el oro en aquel lugar sombrío y nebuloso.

–Oh, estás yendo muy rápido –dijo, riendo, admirándome y consolándome–. Vamos, ven a la piscina, tranquilízate un rato. ¡Karrid no tendría que haberte abordado así! Pero eres afortunado de tener el primer këmmer como mujer, no hay nada igual. Yo tuve tres këmmer como hombre antes de tener uno como mujer, me daba tanta rabia, cada vez que entraba en thorharmen todos mis malditos amigos ya eran mujeres. No te preocupes por mí: me parece que la influencia de Karrid ha sido decisiva. –Y volvió a reír–. ¡Oh, eres tan guapa! –E inclinó la cabeza y me chupó los pezones antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo.

Era maravilloso, calmaba aquella comezón ardiente que sentía como ninguna otra cosa. Me ayudó a terminar de desvestirme y nos metimos juntas en el agua templada de la piscina grande y poco profunda que ocupaba todo el centro de la habitación. Por eso tenía tanta niebla, por eso los ecos eran tan extraños. El agua me lamía los muslos, el sexo, el vientre. Me volví hacia mi amiga y me incliné para besarla. Era una cosa completamente natural, era lo que ella quería y lo que yo

quería, y deseaba que me chupara y sorbiera los pezones otra vez, y lo hizo. Durante mucho rato yacimos en el agua poco profunda, jugando, y podría haber seguido así para siempre. Pero entonces algún otro se unió a nosotras, agarrando a mi amiga por detrás, y ella arqueó el cuerpo en el agua como un pez dorado que saltaba, y echó la cabeza hacia atrás, y empezó a jugar con él.

Salí del agua y me sequé, sintiéndome triste, tímida y abandonada, y sin embargo, muy interesada en lo que le había pasado a mi cuerpo. Lo notaba maravillosamente vivo y eléctrico, y la aspereza de la toalla me hacía estremecer de placer. Alguien se me había acercado, alguien que me había estado observando mientras jugaba con mi amiga en el agua. Ahora estaba sentado a mi lado.

Era un miembro de mi hogar unos cuantos años mayor que yo, Arrad Tehemmy. Yo había trabajado en los jardines con Arrad todo el verano anterior, y me gustaba. Se parecía a Sether, pensé, con el pelo espeso y negro y el rostro largo y delgado, pero tenía el brillo, el resplandor que todos –todos los kemmerantes, las *mujeres*, los *hombres*– tenían allí, una belleza tan vívida como no había visto en ningún ser humano.

–Sov –dijo–, me gustaría... Tu primer... ¿Quieres...? –Ya me estaba tocando, y yo a él–. Vamos –dijo, y me fui con él.

Me llevó a una habitación pequeña muy bonita, donde solo había una chimenea encendida y una cama ancha. Allí Arrad me tomó en sus brazos y yo tomé a Arrad en los míos, y luego entre las piernas, y caí hacia arriba, a través de la luz dorada.

Arrad y yo pasamos juntos toda aquella primera noche, y además de follar mucho, comimos mucho.